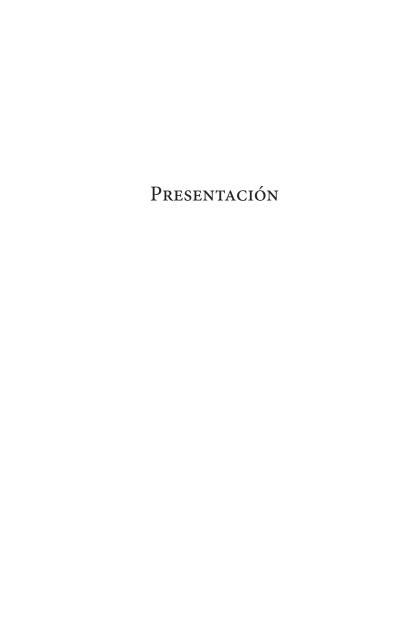


SELECCIÓN DE TEXTOS

VI Premio de microrrelatos «Manuel J. Peláez» 2018

Selección de textos

Edita y organiza:
Colectivo Manuel J. Peláez
www.colectivomanueljpelaez.org
Patrocina:
Solventia
Imprime:
Estugraf S. L.
Primera edición, 17 de junio de 2018
© Textos: autores antologados
© Imagen de portada: Carmen Álvarez
Depósito Legal: BA-000231-2018
Impreso en España



Ayer, 16 de junio, se cumplieron diez años de la muerte de Manolo Peláez (1952-2008). Profesor de historia del Instituto de Educación Secundaria "Suárez de Figueroa" de Zafra, historiador, presidente de la Asociación de Amigos del Museo y del Patrimonio, había sido primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Zafra y fue, sobre todo, un hombre bueno que dejó una huella profunda en todas las personas que lo conocieron.

Con su nombre y en su nombre, sus familiares, sus amigos y amigas, fundamos en 2010 una asociación cultural cuyas intenciones hemos reiterado:

El Colectivo «Manuel J. Peláez» se creó en memoria de una persona, pero a partir de un grupo de ellas y con la intención de expresar parte de lo que bulle en la sociedad de una pequeña ciudad extremeña. Estamos en tiempos de reclamar muchas cosas y una de ellas es que no todo lo que merece la pena sale en los telediarios. Hay mucha vida más allá de adonde llegan las cámaras de los reporteros. Originado en homenaje a Manuel J. Peláez —uno de esos amigos que a cualquiera se le puede cruzar en la vida, pero se nos cruzó a nosotros— el Colectivo ha sido manifestación de los afanes de un grupo de gente empeñado en hacer de la cultura una forma de ser.

Como en lo pequeño se resume, en cierto modo, lo que todos somos, y la literatura no es mala forma de contarlo, decidimos crear un premio alrededor del más minúsculo género de las letras (si olvidamos ciertas modalidades poéticas): el microrrelato. El Premio de Microrrelatos «Manuel J. Peláez» es una de las actividades más relevantes que el Colectivo organiza al cabo del año. Y este cumple uno más desde que fuera creado en 2013.

El palmarés de textos ganadores estaba integrado ya por cinco títulos: «Última duda», de Isabel Urueña Cuadrado, en 2013; «Reconocimiento», de Ángel Pontones Moreno, en 2014; «El timo», de Diego Rinoski, en 2015; «Indigestión», de Eva Limendoux, en 2016, y «Rugido» de Francisco Germán Vayón Ramírez, en 2017. Este año, 2018, en su VI edición, el texto ganador ha sido «Agujeros negros», de Alberto Rodríguez Guerrero.

Cada año se incrementa el número de textos que concursan. Si en ediciones anteriores se había estado muy cerca de los dos mil textos, en esta edición han sido 2.050 los microrrelatos recibidos, tanto de España como de otros países. Cada uno debe tener de 9 a 317 palabras y han sido leídos y valorados por un jurado integrado por María del Carmen Rodríguez del Río, catedrática de Lengua y Literatura; José Manuel Martín Portales, poeta y periodista; Luciano Feria Hurtado, poeta y profesor; Juan Santos Rincón Morales, maestro; Teresa Peláez Santos, correctora de textos, y Germán Vayón, ganador de la edición anterior, que se incorpora al jurado en la última fase de las deliberaciones. Como secretario del jurado, con voz pero sin voto, ejerció un año más el profesor José

Carlos Martínez Yuste que, junto con Francisco José Najarro Lanchazo y José María Lama Hernández, se encargó también de la revisión de este libro para su edición.

El jurado seleccionó 465 de los textos presentados, luego 82 y de ellos escogió 52, para centrar en ocho (los microrrelatos de Alberto Rodríguez Guerrero, Tomás Duro Hernández, Manuel García González, Ana Cristina Lluch Romero, Bernardo Romero, Francisco Rubio, Koldo Sagaseta y Mercedes Villegas López) las últimas deliberaciones, de las que se alzó ganador el texto «Agujeros negros», de Alberto Rodríguez Guerrero.

El VI Premio de Microrrelatos «Manuel J. Peláez», dotado con 1.200 euros, se ha entregado en un acto público hoy, domingo 17 de junio de 2018, en Zafra.

Este librito ofrece a los lectores los cincuenta y dos microrrelatos finalistas. Una vez más, agradecemos la participación de todos los escritores y las escritoras que han presentado sus relatos al certamen y a la empresa SOLVENTIA, de Zafra, que —junto al propio Colectivo— lo ha financiado. Esta colaboración entre una empresa privada y una asociación sin ánimo de lucro, sin participación alguna de las instituciones, es otro de los rasgos de carácter de esta iniciativa cultural singular.

Gracias a todas las personas participantes y felicidades a los finalistas y al ganador del premio.

Microrrelato ganador

Alberto Rodríguez Guerrero (Santoña, Cantabria)

Nací en Ponferrada hace 41 años. Soy licenciado en Ciencias Ambientales por la Universidad de León. En 2006 comienzo a trabajar como profesor de Biología en Galicia. Desde hace 7 años resido en Cantabria y ejerzo mi profesión en el IES «Valentín Turienzo» de Colindres. Llevo algo más de un año escribiendo relatos en los pocos momentos libres que me dejan mis dos hijos. En muchas ocasiones, sus ocurrencias son mi fuente de inspiración. He ganado un concurso de microcuentos convocado por Kukuxumusu (2017) y algunos de mis relatos aparecen en diversas recopilaciones, como el libro *Relatos na Rúa IV* de la editorial Elvira.

A todos nos gusta contar historias. Historias sobre lo que hemos vivido o lo que nos queda por vivir. Historias de este maldito trabajo, de ese apasionante viaje, de aquella disparatada noche de sábado. Una historia de amor, cien de desamor. Historias empapadas de realidad o exprimidas a nuestra retorcida imaginación. Nuestras historias. A algunas personas les gusta contárselas a quien no las quiere escuchar, yo prefiero escribirlas en forma de pequeños relatos para quien las quiera leer.

Pero también es necesario que alguien cuente las otras historias. Las de aquellos que nunca se van a presentar a un concurso: los que viven bajo un cielo sembrado de bombas, los que surcan el mar en patera, los que son maltratados, los que están desahuciados, los que ya no están. Y, por supuesto, los niños. Las historias construidas por esos curiosos seres que viven entre nosotros son las más sorprendentes, limpias e interesantes, pero también son las más ignoradas. No nos olvidemos de todos ellos. Aunque solo sea durante unos minutos cada día, dejemos a un lado nuestras historias y escuchemos las suyas.

AGUJEROS NEGROS

El viejo sofá de nuestra casa era un agujero negro de fieltro verde que se tragaba cualquier objeto despistado que se acercara a su horizonte de sucesos. Poseía en ambos flancos, junto a los reposabrazos, dos simas infinitas que conducían a la gran caverna oculta de sus entrañas. A aquella gruta insondable fueron a parar varios coches de metal, piratas de Playmobil, piezas de ajedrez y decenas de pinturas y rotuladores que tuvieron el infortunio de perderse durante mis descuidos frente a los dibujos animados de la tele. Ningún miembro de mi familia, por mucha que fuera mi insistencia, se atrevió nunca a arriesgar sus dedos para ayudarme a rescatar aquellos tesoros sepultados. El día que abandonamos la casa, pedí permiso a mis padres para rasgar con un cúter la dilatada tela de su parte trasera y poder inspeccionar su interior. Solo encontramos, entre montañas de pelusas paleozoicas y migas de pan fosilizadas, seis monedas de peseta, tres de cinco duros y dos horquillas de pelo de mi madre que habían viajado hasta el presente desde tiempos remotos. Estoy segura de que algún día, cuando trabaje en la NASA, confirmaré mi teoría y hallaré mis juguetes perdidos vagando ingrávidos entre los límites espaciotemporales de otra dimensión. El abuelo, que siempre dice que la pobreza es un poderoso estimulante del ingenio, me anima cada día a continuar con mis investigaciones. De momento, mientras vivamos con él, debo ayudar a mi familia a buscar la salida de otro agujero negro que está devorando nuestros sueños y cuyo funcionamiento no logro comprender: la hipoteca sempiterna de un espacio que ya no nos dejan habitar.

Primeros finalistas

(Por orden alfabético de apellidos)

Tomás Duro Hernández (Zafra, Badajoz)

En un santiamén han pasado los 64 años vividos desde aquel lejano 20 de mayo del 54. De ser paseado como bebé hasta que me paseen como anciano (si la situación fuera favorable). Lo dicho, un suspiro.

Del mismo modo pasé de trastear con mis alumnos en la escuela con pájaros, árboles, rocas, estrellas, setas, números... a animarme ahora a escribir gracias a la lectura de la selección de textos que ha venido publicando el Colectivo Manuel I. Peláez.

Faltaba el último paso, presentar algún microrrelato a concurso y, para esto, admito que he necesitado que un familiar cercano me «retuerza la oreja».

Tras esta inyección de autoestima, quizás ahora sí sienta «la vida por delante».

LA VIDA POR DELANTE

No dejo de recordar su diseño vanguardista y estilizado. Las líneas perfectas de su carrocería negra rematada con aquellos perfiles blancos que tanto acentuaban su elegancia. La práctica y acogedora tapicería blanca invitaba a no salir de allí, a acariciarla y disfrutarla; y su textura y olores me traerán siempre a la memoria los momentos felices que viví con él.

No podían faltar las preciosas y elegantes ruedas

perfectamente niveladas sobre aquellos radios cromados que le daban un toque exquisito de elegancia haciendo juego con las ballestas relucientes que hacían perfectamente las funciones de amortiguación cuando el terreno se volvía irregular.

Completaba aquella preciosidad de diseño el hecho de ser un vehículo totalmente descapotable. Ventaja que permitía aprovechar los días fríos para tomar los escasos rayos de sol y ampararme de ellos durante el estío cuando se clavaban como leznas.

Entonces, dentro y acurrucadito me sentía plenamente feliz cuando mi madre empujaba el carrito bajo los árboles del parque o por las sinuosas y empedradas calles comerciales.

Hoy, ya viejo, mi vehículo se ha convertido en otro, negro también, donde viajo sentado y sin protección y, aunque paseando por los mismos lugares, ya no siento ni a mi madre por detrás ni a la vida por delante.

Manuel García González (Villafranca de los Barros, Badajoz)

Nacido en 1974. Ilustrador y dibujante de profesión, y aficionado a la escritura. Colaborador habitual con artículos sobre historia del paisaje y etnografía en La Gaceta Independiente y con relatos cortos en la revista literaria *El Fantasma de la Glorieta*. Varios microrrelatos suyos aparecen en diversas antologías («Vuelta de página, antología de microrrelatos», «Mis queridos fantasmas» y «Palabras que volaron») y es autor de los libros ilustrados «Recuerdos de un pastor trashumante» y «Guía de aves del jardín de las delicias».

EL CERILLERO

Hubo una época —antes de entretenimientos de feria con más postín, como los ponis, la máquina de puños o el tiro al blanco— en la que la llegada a la aldea del vendedor de cerillas en su Renault-4 era sinónimo de fiesta. Entonces, estas eran un artículo extraordinario y, por una peseta, el vendedor encendía ante los niños embelesados uno de sus fósforos. La escena solía desarrollarse al caer la luz del día, cuando las sombras multiplicaban el efecto de la mágica función. El hombre abría ceremoniosamente una cajita en la que rezaba en letras doradas «Fósforos Marco Polo. Numerosos premios internacionales» y extraía de ella una de las cerillas de madera de sicomoro imperial im-

pregnadas en uno de sus extremos con fósforo blanco. Con un movimiento enérgico y rápido la frotaba contra una piedra esmeril de afilar guadañas, en forma de jibia. Y ante los chiquillos se desplegaba el que consideraban el más maravilloso de los espectáculos posibles. Tras un cegador fogonazo, que desprendía una pequeña nube de humo lechoso, aparecía una preciosa llama dorada y lisa, con el corazón azul. El efecto hipnótico que esa luz provocaba en los niños, con los ojos abiertos de par en par, los mantenía alrededor del hombre, quietos y en silencio (cosa inaudita). La llama consumía poco a poco la madera, dejando a su paso su resto carbonizado y retorcido engarzado con brasitas rojas. Y, justo antes de que la llama alcanzase los dedos del cerillero, este daba por finalizado el espectáculo de un soplo. Las narices infantiles se apresuraban a aspirar el humo en forma de serpiente, con olor a azufre y fósforo, como queriendo amortizar la peseta. El espectáculo no era bien visto por el cura —al que el olor a azufre le resultaba sospechoso— ni por los feriantes del tiovivo—que veían quemarse los contados ahorros de la chavalería.

Ana Cristina Lluch Romero (Aldea del Fresno, Madrid)

Nací en Elda (Alicante) en 1973. Pasé mi infancia viendo atardecer con mis hermanos desde el tejado de mi casa, tarareando música de los 80 con mi madre y silbando canciones de los Beatles con mi padre. Decidí, tras estudiar periodismo, dedicarme a contar y a escribir cuentos. El último año quedé también finalista de este premio con «Selfie», por lo que no puedo estar más feliz.

Poco a poco el vacío se va llenando...

EL VACÍO

La mujer encontró la carta y tembló.

Muy despacio, comenzó a leerla, deteniéndose en cada coma, en cada punto. Sintió el temblor de la caligrafía con la que había sido escrita como si fueran las últimas caricias que nunca se dieron.

Agarró con fuerza el papel creyendo sujetar así sus manos, como si todavía pudiera retenerlo a su lado. No pudo ser. En ese instante la mujer sintió el vacío.

Recogió los zapatos que seguían tal y como él los dejó. Se entretuvo en doblar la ropa y guardar sus cosas en un armario.

Subió la persiana para asomarse por última vez. Se prometió que nunca más volvería a mirar hacia abajo, no quería recordarlo allí, no era capaz de volver a sentir aquel vacío.

La mujer cerró la ventana, bajó la persiana y perdonó a su padre.

Bernardo Romero (Huelva)

Bernardo Romero (Huelva, 1956 y felizmente vivo) es profesor de Historia del Arte y de Economía, ex periodista y escritor en tiempos muertos. Ha sido empresario del sector del ocio con notable éxito, lo cual le permitió integrarse en el mundo laboral a una edad tardía. Ha realizado exposiciones pictóricas, publicado guías turísticas y naturalísticas, tebeos, biografías oficiales de algunas actrices amigas y ahora, ya retirado de la vida pública, edita novelas con sobrado éxito en su entorno más próximo. Le fastidia especialmente que lo identifiquen con la gastronomía, a pesar de la tremenda difusión de algunos de sus libros sobre la especialidad, o de haber sido inspector de la guía española decana en el sector de la restauración. Calificado en más de una ocasión como hombre del Renacimiento, se considera a sí mismo más bien un hombre de las tabernas. Tiene premios nacionales de relato y de periodismo. Es miembro o ex miembro de varias academias, como las andaluzas de la gastronomía y el vino o la de Bellas Artes y Buenas Letras de su ciudad natal, en la que ha sido reconocida su labor de difusión y defensa de sus valores culturales y su patrimonio con el premio al Onubensismo.

MUJER CON PERRO

La puerta no debió cerrar bien cuando el perro la abrió con un leve empujón. Empezó a ladrar y enseguida se oyeron pasos apresurados por el pasillo. Apenas me defendía con un rollo de papel higiénico mientras el perro no paraba de ladrar y gruñir. Ella quiso entrar pero retrocedió, ate-

rrorizada no tanto por verme con los pantalones bajados como por el hedor. Contuvo la respiración y trincó al perro. Siempre recordaré aquel rostro congestionado, la última visión que tuve de ella. Al salón ni entré, me despedí desde el recibidor. Es complicado enamorar a una mujer si tiene perro.

Francisco Rubio (Zaragoza)

Nació en Zaragoza, en 1965. Su vida académica se desarrolló entre Salamanca y Alemania. En su juventud obtuvo algunos premios literarios, entre otros: 1erpremio de cuento «Universidad de Zaragoza», 1989, con *Fragmento IIIc. Sch. del Libro Rojo de Uicauinta*; accésit de narrativa breve «Tomás Luis de Victoria», Salamanca, 1991, con *Pieza para laúd solo*; accésit de cuento «Ciudad de Zaragoza», 1991, con Silvina. Su interés por las lenguas antiguas le llevó por otros derroteros. Hoy es profesor asociado de Lingüística Indoeuropea en la Universidad de Salamanca y docente on-line de sánscrito en la de Murcia.

VELOCIDAD DE LA QUÍMICA

En cada huella que él deja —breve, enérgica, casi invisible— quedan cientos de millones de partículas de sudor, material de los zapatos, olor corporal. Revolotean entremezcladas unos breves instantes en el torbellino de aire que provoca su pie al alzarse veloz, danzan alocadas, y acaban por posarse en el suelo, sobre el húmedo humus negro, sobre la hojarasca podrida que aún tiembla, sobre las lombrices que infestan ese terreno y que han recibido un pisotón que apenas lastima su elástica fisonomía. Allí quedan pues esas partículas, disolviéndose en la humedad. Pena que no sean tan rápidas como para desaparecer antes de ser absorbidas por la voraz respiración

—mucosas y saliva, viento y fuego— de diez fieros mastines negros que ladran incesantes y arrastran tras sí al implacable guardián armado que los atraílla; bestias y hombre muestran los dientes, ansiosos y agitados. Los perros y yo, y quizás el guardián, sabemos que no hay un vado donde pueda perderse el rastro. No así el prisionero, que esperanzado en vano huye con el corazón en la boca y la jauría en los talones.

Koldo Sagaseta (Azkoitia, Guipúzcoa)

Escritor vasco-dominicano, tras 25 años residiendo en Nicaragua y la República Dominicana, regresó al País Vasco en el 2006 y vive en Azkoitia, Gipuzkoa. No deja un género ileso: poesía, teatro, novela, relato, cuento, guiones de cine, columnas de opinión... Actualmente, su columna «Cronopiando» se publica en el periódico digital brasileño Desacato.info y en el franco-colombiano Lapluma.net. También escribe en los periódicos vascos Gara (Naiz. info) y Maxixatzen. Obtuvo en 1984 el premio Gregorio Aguilar Barea de poesía en Nicaragua; el primer premio en el concurso internacional de teatro «Casa de Teatro» en República Dominicana en 1987 por la obra ¡Hágase la mujer!; el premio Volodia Teitelboim de periodismo independiente y literatura en Florianópolis, Brasil en el 2008; y el primer premio en el concurso Letras de Ultramar de literatura infantil por su cuento «El rey necio» en New York/Santo Domingo en el 2012.

EL HADA AZUL

Cuando Pinocho despertó ni siquiera se puso las zapatillas. Desnudo saltó de la cama y comprobó en el espejo del baño hasta qué punto habían crecido las consecuencias de sus mentiras. El Hada Azul del cuento que le diera la vida también le había advertido del riesgo que suponía faltar a la verdad y, ahora, frente a su imagen, comprobaba que ni su nariz había crecido como pensaba ni sus orejas eran las del asno que temía. Satisfecho, se sentó a la mesa a desayunar mientras la televi-

sión le ponía al corriente de cómo se había levantado el mundo. Y así supo de la preocupación de su alcalde por el bienestar de la ciudadanía, del interés de su presidente y de su gobierno por mejorar sus deplorables condiciones de vida, de la disposición de los empresarios por crear empleo, del afán de los banqueros por repartir sus ganancias, de la inquietud de los jueces por administrar sabiamente la justicia, del esmero de los grandes medios de comunicación por difundir la verdad, de los desvelos de la Iglesia por procurarnos el pan nuestro de cada día... y comprobó Pinocho que a ninguno de los tantos defensores de la moral, de la razón o la verdad le había crecido la nariz o puesto en evidencia unas orejas de burro... Sólo al Hada Azul.

Mercedes Villegas López (Barcelona)

Aunque nací en Barcelona hace 56 años, llevo muchos afincada en Elche y soy descendiente de andaluces, por lo que milito en el desarraigo. Desde siempre he vivido rodeada de palabras (enseño lengua y literatura a adolescentes), pero no me he animado a escribir hasta hace apenas un par de años. La escritura para mí supone una válvula de escape a la creatividad que acumulo en mi día a día. También me sirve para fijar la vida, para no olvidar.

OTRA NOCHE MÁS

No sabes con quién has dormido esta noche, pero te despiertas igual que siempre, con ese extraño sabor metálico en la boca. Sientes otra vez el corazón agitado; respiras profundamente ansiando que esta vez solo se trate de un mal sueño. Dejas que pasen unos minutos antes de afrontar la crudeza de una realidad que lleva azotándote desde hace ya demasiado tiempo. Estiras el brazo lentamente, buscando ese cuerpo desconocido que yace a tu lado y constatas que está frío; vuelves la mirada y el blanco marmóreo de otro rostro sin nombre te golpea. Te levantas y ya en el baño, te enjuagas la boca y el rostro, intentando borrar toda huella. De nada sirve mirarse al espejo. Palpas con la yema de los dedos tus colmillos y compruebas que han vuelto a su lugar. Sales de allí por la ventana y extiendes tu capa al viento en una carrera desesperada hacia tu escondrijo. Tienes que llegar antes de que cante el gallo.

RESTANTES FINALISTAS

(Por orden alfabético de apellidos)

EL DESEO

Dayana Abreu Yanes (Barcelona)

«Que te mueras», fue el deseo que pedí en silencio para que no me creyeran una persona espantosa. Una estúpida costumbre que tengo de pedir deseos cada vez que me sangran los dedos con un pinchazo. Un pinchazo que me dieron las espinas de papel de la flor que me diste. Una flor que desdice su autenticidad al encontrar copias regadas por doquier, en tu casa, en la mía, en el último cajón del buró de mi mejor amiga.

ANTICRISTO

Francisco Javier Álvarez Amo (Córdoba)

Las modas relativas a peinados y cortes de pelo van y vienen incesantemente, también entre los hombres. Ahora parece que las melenas y coletas, quizás por sospecha de jipismo, vuelven a ceder ante los rapados, sean estos de sobriedad militar o de tribal creatividad. Yo me he rendido a esta nueva moda, igual que a todas las previas, y eso a pesar de que, con el afeitado, se dejan entrever en mi cabeza varias medianas cicatrices que comienzan en el colodrillo y avanzan en dirección a la parte superior del cráneo, longitudinalmente. A quienes con indiscreción maleducada me preguntan por su origen les hago tragar alguna fábula sobre travesuras infantiles, caídas y peleas en patios de colegio. Es menos comprometedor que contar la verdad: algunos días después de nacer, un secuaz de Jesucristo se atrevió a verter sobre mi cabeza varias gotas de agua consagrada.

DECONSTRUCCIÓN

Yose Álvarez-Mesa (Arnao, Asturias)

Aparqué nuestro pueblo en el taller y empecé a desmontar sus estructuras. Saqué de su interior las piezas delicadas de las calles y plazas, desparramé por el suelo los engranajes de sus luces y sombras, desempolvé los rincones emblemáticos, di lustre al monasterio, reparé una a una las grietas de la iglesia, pinté nuevos colores a las fachadas de la tienda de ultramarinos y de la pastelería, revisé el alcantarillado, abrillanté las vías del tren, restregué los grafitis, limpié farolas y estatuas, ajusté los carteles horarios de la estación de autobuses, renové el aire del parque y devolví su fragancia a los jardines.

Cuando lo tuve bien deconstruido observé aquellos sitios que albergaron tus pasos y supe que me sería imposible despegar de los muros el dolor de tu ausencia. Decidí dejarlo allí para siempre, como el silencio que alberga nuestra casa, como el vacío que ha quedado en mi interior.

Una vez realizada la inspección técnica y puesta a punto devolví el pueblo a su sitio. Contemplé su nívea pátina de arquitectura recompuesta y vi que seguía siendo el mismo lugar de siempre (el que albergó tu existencia, el que amaste hasta tu último aliento), pero mis dedos nostálgicos le habían impregnado una nueva realidad: tu sombra asomaba por todas las esquinas, revoloteaba en los aleros, se escapaba por los quicios de las puertas y empañaba el color de los semáforos.

Entonces me di cuenta de que nunca morirás para nosotros.

OTRA

María José Amador Montaño (Antequera, Málaga)

Cada noche, el tren de las once menos diez me coloca a esa mujer enfrente. Intento evitarla pero sus ojos opacos de surcos veteados me lancean el pensamiento y termino volviendo a ella. Cruza desafiante los brazos mientras recorro impúdicamente sus detalles: el vestido de fibra gastada, el esparto desmadejado en las suelas, el pellejo chuzo en los pómulos...Cada estación es un asalto de curiosidad y lástima, de ofensa y compasión, hasta que anuncian mi parada. Agarro entonces mi viejo bolso pasado de moda y, mientras salgo por la puerta, veo desaparecer a la mujer en la que me he convertido.

VISITA AL PSIQUIATRA

Samuel del Amor Macías (Benidorm, Alicante)

—Mato sin alegría —dijo la Muerte.

SAN PEDRO

Mikel Arilla Álvarez (Tudela, Navarra)

Subió hasta el piso diez, como le había indicado la recepcionista. La entrada le decepcionó. Tantos años de buena fe para semejante birria. Ni música coral, ni mensaje de bienvenida... Un taco de folios se apilaba sobre una mesa sucia, coja, de madera roída. Al lado, un bolígrafo mordisqueado. Ni siquiera una mísera pluma estilográfica.

Un hombre de cara hosca apareció por otra puerta y se sentó de mala gana. «Vázquez, ¿verdad? Firme aquí y le daré la llave», le dijo sin mirarle. Mosqueado e impaciente a la vez, no pudo evitarlo y lanzó la pregunta. «¿Es usted San Pedro?».

Aquel tipo mal encarado cambió el gesto, lanzó una mirada atónita y, señalándose su placa de funcionario, soltó una estridente carcajada que resonó en todo el Paraíso.

FANTASMAS

Guillermo Arturo Borao Navarro (Zaragoza)

Hace tres noches que mi hermano no me mira cuando le hablo. Le da igual que me siente sobre su cama y le diga en sus mismas narices que deje de ignorarme. No le he hecho nada. El último día que salimos juntos nos habíamos retado a ver quién buceaba más hondo. Yo le gané, pero ya está, solo era un juego, no sé por qué tanto berrinche.

Ahora encima se ha confabulado con mamá. Los tengo aquí conmigo y ninguno me hace caso. Él prefiere contestarle a una foto mía que ha cogido, como si yo no existiese, y tiene la desfachatez de llorar y repetir que me echa muchísimo de menos.

LA RESISTENCIA

Carlos Candel Rodríguez (Parla, Madrid)

Pertenezco a un grupo organizado. Me lo recomendó, medio en secreto, un amigo. Nos reunimos en un pequeño local casi abandonado, que en otros tiempos sirvió de almacén para una empresa de mensajería. Decían que este tipo de grupos había desaparecido por completo, pero no es cierto. Nosotros nos vemos una vez cada quince días. No somos muchos, lo reconozco, pero al menos nos da para montar un poco de alboroto. No es que seamos clandestinos, ni nada por el estilo, pero lo cierto es que cada vez cuesta más que alguien comprenda nuestros intereses. Así que preferimos no hablarlo con nadie. Y, cuando lo hacemos, debemos estar seguros de que no saldrán corriendo. Unos se encargan de conseguir el material que entre todos seleccionamos para cada acción y otros lo distribuyen entre los miembros. Nos lo llevamos en la mochila o en el interior de una bolsa, incluso en el forro de la chaqueta. Y después comentamos qué tal nos ha ido. Uno de nosotros lo prepara todo de antemano, un ideólogo, alguien que investiga, busca información y la transmite al resto. Nuestra labor exige tanta concentración y esfuerzo mental que siempre hay alguien que se encarga de los víveres.

Así funcionamos en mi club de lectura.

NAUFRAGIO

Alberto Cascón Martín (Madrid)

Hueles a sal. Tenías dudas hoy porque ya lo he hecho otras veces. Bebo algunas cervezas y entre todo el barullo de gente del bar te rodeo y te digo en voz queda palabras que antes guardaba. Tú estás seria, miras para otro lado y pronuncias algún monosílabo. Te mueves, hablas con otro compañero, pero miras de reojo para comprobar que estoy pendiente. Yo amenazo con marcharme, recogiendo el abrigo del fondo del bar y despidiéndome con la mano de todos. Levantas entonces la vista y como distraída preguntas, por encima de las voces, si me voy ya, que es pronto y aún queda ambiente. Yo abro la puerta y parece colarse el mar dentro, con todo su olor a salitre. Me llevas, disimulada, a la barra y pones esa cara tan tuya, tan de no perderte nada ni dejarlo escapar. Yo no pronuncio el nombre de mi novia aunque lo tenga encallado en los labios. Bebo alguna cerveza más, tú también, me escabullo contigo y salimos los dos a la acera frente al bar, a mirar el mar de noche. Luego, me llevas a tu casa, apago el móvil para que ella no escriba y después de follar duermes, y yo aquí, con la cabeza entre tu cama y la suya. Duermes tranquila y ahora hueles a sal y yo a naufragio.

COSECHA

Santiago Casero González (Alcázar de San Juan, Ciudad Real)

La lluvia se presentó justo al anochecer, confundiendo las primeras estrellas. Hacía calor, una de esas noches de ventanas aparatosamente abiertas al bochorno canicular. La verdad, la lluvia aquí es siempre un milagro. Quizá por eso nos sorprendió tanto sentir las primeras palabras. Empezaron a llovernos encima sin anunciarse, casi desapercibidas en la oscuridad. Comprendimos enseguida lo que pasaba porque el alcalde exclamó «arrebol» y su mujer le correspondió con «ósculo». Vimos a la pareja besarse apasionadamente junto al ayuntamiento, después de tanto tiempo. Mientras esto sucedía, alguien aseguró haber oído susurrar «glosario», un niño utilizó «epifanía» para describir ese prodigio y mi propio padre calificó aquella noche de «indeleble». Yo mismo sentí la urgencia de escribir en un cuaderno los adjetivos «canicular» y «palatable», para no olvidarme de usarlos. Fue una noche agitada. Queríamos empaparnos. Hasta que la lluvia cesó repentinamente. Coincidió con el amanecer. De pronto las palabras salían de nuestra garganta con dificultad, como siempre. Estábamos tristes, quizá confusos, pero entonces alguien anunció que en medio de la plaza había brotado, probablemente con la lluvia, un plantón extrañísimo que nadie era capaz de identificar. No tardó en crecer, apenas una primavera. En poco tiempo el arbusto se convirtió en un árbol donde florecía un vocabulario frondoso que contemplábamos con respeto y asombro, como si su fruto fuera un pecado. Tuve que ser yo el que se atreviera a trepar por sus ramas. Tan pronto como se supo, el pueblo entero se reunió al pie del tronco para verme sostener una palabra en las manos. Yo no tenía miedo. La acerqué a mi boca, la mordí. Era palatable.

Ahora, cuando alguno de nosotros quiere decir algo y no sabe cómo, acude allí y cosecha lo que necesita.

En cuanto a mí, he empezado a escribir cuentos con palabras extrañas y hermosas que paladeo y no siempre entiendo.

Tal vez alguien quiera leerlos un día.

UNA APROXIMACIÓN A LA TEORÍA DE CUERDAS

José Ignacio Ceberio Sainz de Rozas

Allí estaba de nuevo, el abominable bucle de todos los días. Tragó un analgésico entre buches de agua del grifo, con el runrún de la lavadora rebotando en el alicatado de las paredes mientras el olor a fritanga impregnaba la estrecha cocina. Junto a la pila de platos y cacerolas sucios vomitó hilillos de baba que recogía abúlica con el borde del delantal.

Anestesiada por el soniquete del centrifugado, asumía ya sin reparos la certeza de una existencia yerma y desoladora.

Sintió crecer la rabia que, como el maldito cilindro encristalado, se puso a girar a velocidades cada vez más aterradoras, hasta que las partículas de odio comenzaron a fusionarse con las de angustia y desesperación.

Entonces, todo lo que había en la habitación se fue comprimiendo a la vez que adquiría una agobiante pesadez. El amasijo se concentraba en un punto central que latía con violentísimas sacudidas. Los lapsos entre sístole y diástole fueron abreviándose hasta que el agujero negro absorbió su cuerpo, la cocina, la casa, la ciudad, el mundo entero.

Y el universo retornó a la nada.

TRADICIONES FAMILIARES

Raúl Clavero Blázquez (Madrid)

En nuestra familia Santa Claus siempre trae alguna muerte de regalo. Es una tradición que se ha mantenido durante generaciones y que hemos logrado soportar gracias a lo extenso de nuestro linaje. En la penúltima Nochebuena falleció mi abuelo paterno. Hace tres, un primo segundo de quien no recuerdo el nombre pero que acostumbraba a ser, en todas las celebraciones, el primero en emborracharse. Y han pasado ya cinco años desde que mi tío Ricardo, que solía traerme regalos completamente inapropiados para mi edad, se atragantara fatalmente, delante de todos, con aquella peladilla.

La Navidad, por tanto, es para nosotros una especie de bingo macabro. Conforme vamos llegando a la casona de mi bisabuela descontamos mentalmente a cuantos faltan, y cada vez que suena la campana de la puerta respiramos aliviados si se trata de un pariente que nos cae bien, o gruñimos de frustración cuando es alguien a quien no nos importaría ver enterrado.

Este año, próxima ya la hora del primer plato, mi madre entró en pánico al darse cuenta de que la única que restaba por aparecer era mi hermana mayor, que lleva unos meses viviendo en Bruselas. Estábamos empezando a pensar en accidentes de avión o en terribles temporales en la autopista cuando Laura, por fin, hizo acto de presencia, presumiendo de vestido nuevo y de novio diplomático.

No faltó nadie, nada sucedió durante la cena, y por primera vez, al despedirnos, pudimos disfrutar de eso que llaman espíritu navideño.

Fue de regreso a nuestra finca cuando lo supimos. Julián, el jardinero, había sufrido un infarto fulminante. Papá se encerró en su despacho dando un portazo. Mamá lloró hasta el amanecer. Le dio mucha pena, aparte de mí era el único pelirrojo que conocía.

AMADO BANCO

Francisco Corrales Fernández (Gijón, Asturias)

He pasado media vida en ese banco de abajo, vigilando la alcoba de María, donde ahora me encuentro. Sentado en él he visto recortarse en la ventana el torso desnudo de muchos amantes que fumaban satisfechos después de haberla gozado. Anoche, por fin, ella se acordó de mí. Nos tumbamos en la cama tantas veces soñada, me pidió perdón, me amaba, se casaría conmigo. Luego se durmió sobre mi pecho. Yo me acerqué a la ventana con el torso desnudo, a fumar. Al mirar el banco vacío, he sentido una insoportable nostalgia de mí.

AMOR

Peniel Delgado Anderson (Cracovia, Polonia)

Dice que me va a matar.

Cuando lo dice me mira con odio. No lo dice por decir. No me puede soportar. Más bien no puede tolerar lo que le hierve por dentro. Luego se sienta y niega con la cabeza. Se enciende un cigarro, le tiembla en la mano o quizás la mano hinchada le tiembla aferrada al cigarrillo. Los ojos se le llenan de lágrimas. Quizás es el humo. Yo sigo de pie. Quieta. En silencio.

«Perdóname»

Lo suelta envuelto en una voluta, sin mirarme a la cara, bailando con los ojos en busca de nada, como si estuviera en una habitación rodeado de espejos y en cada reflejo se viera a sí mismo como cree que lo veo yo. No puede. Abre la boca para añadir algo pero sé que sabe que lo sé y por eso no lo dice. Da otra calada, consumiéndose, profunda; sin atreverse a mirarme. Quizás lo ha repetido tantas veces que ya no significa nada. Pero yo lo sé.

Me ama.

GERMINAR INTERIOR

Gustavo Abel Di Crocce (Río Negro, Argentina)

La pequeña niña de la casa lindera me lo contó con naturalidad. Su padre había logrado cultivar su jardín poblándolo de multicolores flores. Con la candidez propia de su corta edad, confesó que mi vecino alardeaba narrando con qué esmero preparaba la tierra, sembraba con precisión geométrica las semillas, las protegía de la voracidad de las aves y regaba cotidianamente. También refirió que yo era blanco de las socarronas críticas de su progenitor a raíz de mi costumbre de arrojar semillas al voleo sobre la infecunda tierra, sin prodigarles cuidado alguno. «Nunca logrará nada» era su tajante sentencia. A la mañana siguiente repetí el diario ritual de esparcir semillas. Aguardé en silencio. Finalmente llegaron decenas de aves. Al tiempo que se alimentaban, hacían brotar un coro de melodiosas notas que me extasiaban regalándole brillo y vital candor a mi ceguera.

DÍA DE REYES

Miguel Ángel Escudero Eble (Fuenlabrada, Madrid)

Apuró su copa de champán y dijo:

-Echemos un pulso.

Vi los ojos encendidos de mi cuñado al pronunciar esas palabras. Acepté encantado. Y así empezó la cosa. Las fuerzas estaban igualadas. Pasaban los minutos. Sus hijos le animaban a él. Los míos decían: «¡Vamos, papá!». Dos horas después gritaban: «¡Vámonos a casa, papá!». La Nochebuena había acabado, pero no el pulso. Mis suegros nos exigían que lo dejáramos. Ninguno de los dos estaba dispuesto a hacerlo. El día 25 lo pasamos oyendo amenazas de divorcio de nuestras esposas. Nos sirvieron para no quedarnos dormidos. El pulso seguía igualado. Mi suegra llamó a la policía; pero los agentes no pudieron esgrimir ninguna ley que prohibiera a dos ciudadanos libres disputar un pulso hasta que hubiera un sólo ganador. Trajeron psicólogos. Sólo consiguieron que pactáramos unas horas de sueño. Empezaron a alimentarnos con sondas... Y hasta hoy.

LOREM IPSUM

Juan Marcelo Esteban Jiménez (Cáceres)

Existe un programa informático, no recuerdo el nombre, que genera textos aleatorios y es utilizado por ciertas empresas para realizar pruebas tipográficas y muestrarios de caracteres. Dicho programa sigue las pautas gramaticales del idioma escogido, colocando cada cosa en su sitio: un verbo aquí, conjugado correctamente, un sustantivo allá, un adjetivo donde debe estar... Pero todos estos elementos han sido tomados al azar, dando lugar a absurdas frases como «el gato abría las mesas de flemático algodón».

Algunas raras veces se generan cortos textos coherentes, como por arte de magia. Es una cuestión de estadística: si algo es posible y el espacio temporal no tiene límites, acabará ocurriendo. De hecho este texto que estás leyendo puede que sea una muestra fortuita del programa cuyo nombre no recuerdo, una mera reunión casual de palabras a las que tu mente quiere darles un sentido. Y la noche, por fin, se estableció cuando Long John Silver acudió al tejado triste sin el daguerrotipo fusionado ni la factura.

AIRE

Macarena Fernández Gálvez (Sevilla)

Marcos volvió del sepelio con los hombros hundidos y el alma hueca. No se veía en el papel de viudo, aunque tampoco nunca se había imaginado casado y además enamorado hasta las cejas. Lorena fue una mujer excepcional, extravagante y peculiarmente romántica. Su matrimonio había durado doce años y no recuerda un solo día de aburrimiento a su lado.

Hacía rodar la alianza en su dedo cuando reparó en la muñeca hinchable que reposaba en un rincón del dormitorio. Con un asomo de sonrisa pensó en su despedida de soltero y en cómo, aquella pepona, había sido la protagonista resignada del evento. Su presencia allí, erguida y mórbida, le dejó perplejo; hasta que reparó en la nota firmada por Lorena que había pegada sobre el látex. Con su letra diminuta le hablaba de la escena de una película francesa que la había emocionado enormemente. En ella, una mujer viuda absorbía el aire de un flotador que su marido había inflado horas antes de morir en un accidente. Le pareció tan romántico que empleó sus últimos soplidos en rellenar aquel trozo de plástico inerte con su aire. Cumplir con su deseo tenía algo de macabro, pero fue así como Marcos se dejó abrazar por su último suspiro.

CLUB DE ASESINAS PIADOSAS

Percy Galindo Rojas (Callao, Perú)

Evalúa a su beneficiado. Sabe que no tiene trabajo, que está enfermo, que su última mujer lo ha abandonado con tres hijos menores de diez años, una hipoteca vencida, dos órdenes de embargo y copiosas deudas con cuatro bancos, y que solo puede aspirar a contar con el apoyo de una hermana mayor afiliada a un club extraño.

Vuelve a mirar a su beneficiado. Se apiada de él. Ejecuta el artículo primero del estatuto de su club.

Luego, piensa, evaluará qué hacer con sus sobrinos.

CONFESIÓN

José Francisco Galve Agudo (Barcelona)

A pesar de llevar unos días dándole vueltas, no lograba sacar nada en claro. Y eso que había elucubrado todo tipo de teorías, desde las más trágicas a las más livianas. ¿Por qué Lucas parecía tan reacio cuando le di el último sobre? Hasta ahora nuestro acuerdo iba viento en popa, si él obedecía no le faltarían sobres.

Tenía ganas de zanjar el tema, y por eso fui a buscarlo a la salida. Tuve que cambiar el turno en la oficina, pero no me importó. Llevarle un sobre cuando no lo esperase parecía el mejor modo de aclarar las cosas. Estaba convencido de que esta vez lo aceptaría de buen agrado, y volvería a tener a Lucas en el bolsillo.

Nada más lejos de la realidad. Su respuesta al mostrarle el sobre aún retumba en mi cabeza: «Papá, ya no me gusta el fútbol, no quiero más cromos de La Liga».

PELOS Y PECES

Asun Gárate Iguarán (Bilbao)

Un día, jugando al fútbol con mi hermano en la arboleda, nuestro balón cayó al río. Juan —mayor que yo y más fuerte— se metió en el agua para recuperarlo, pero la rápida corriente se llevó a él y al balón lejos de mi vista y mis gritos. Aquella noche no dormí. Miraba su cama vacía y pensaba angustiadísimo que yo también podía morirme en cualquier momento. Y aunque no deseaba envejecer tanto como el abuelo, ni planeaba aún en qué tipo de hombre convertirme, había tres cosas que quería hacer antes de abandonar este mundo: afeitarme a navaja, pescar con las manos y besar a la chica más guapa del pueblo. Lo malo era que yo nunca hacía nada sin la ayuda de Juan, lo necesitaba para todo y sin él me sentía perdido. Saqué su pijama de debajo de la almohada, agarré la manga igual que agarraba su brazo tras una pesadilla y le supliqué, una y otra vez, que volviera. Volvió al amanecer, empapado y con la mirada turbia de los ahogados. Prometió ayudarme en el asunto de los pelos y el de los peces; en cambio, de besar a Inés me dijo que me fuera olvidando porque ella era demasiado guapa para mí. Luego se puso el pijama y se acostó.

Desde entonces han pasado muchísimos años, todos los años. Estoy enfermo y presiento que

esta noche moriré mientras duerma. No me quejo, mi vida ha sido sencilla y agradable, tan interesante como la de una trucha de río. Gracias a Juan.

Mi hermano nunca se marchó —todavía sigue aquí, durmiendo a mi lado, vistiendo el mismo pijama— y me cuidó y me vigiló. Incluso cuando me convertí en un hombre y ya no lo necesitaba. Tengo la terrible sospecha de que no soportaba la idea de dejarme solo y que yo me atreviese algún día a cortejar a Inés.

DESTINO

Silvana Goldemberg (Richmond, Canadá)

Luego de mirar varias veces los diseños del muestrario, Phil se decidió y pidió al artista que le tatuase el hombro derecho con aquella planta.

Esa noche, extrañas cosquillas despertaron a Phil. La planta se le enroscaba alrededor del brazo con bifurcaciones que avanzaban subiendo y descendiendo por los montes de sus músculos, mientras raíces crecían bajo su axila.

Él ignoraba que el tatuaje elegido era una philcoxia. Tampoco el tatuador imaginó que la tinta negra que introdujo bajo la piel de Phil era la savia que alimentaría aquella planta carnívora. Lo descubrió el médico forense, al realizar la autopsia.

SOPA DE LETRAS

Carmen Gómez Mirumbrales (Vitoria, Álava)

Los sábados comían sopa de letras. Al principio de la relación jugaban a crear palabras mientras se enfriaba un poco. Se reían de sus ocurrencias y luego se perdían en conversaciones sin meta mientras saboreaban los vocablos que habían formado. Pero ya llevan unos años sin entretenerse con este pasatiempo culinario. Ahora comen con hastío, sin hablar ni apenas mirarse. Ella intenta disimular las lágrimas que se escapan de sus ojos tristes y desesperanzados vertiéndose en el plato. Intuye que ha pasado a ser un segundo plato en la vida de su marido y aunque se resiste a tomar la decisión, cada vez lo tiene más claro. Así es que siguiendo un impulso se acerca a su esposo, mete la cuchara dentro del caldo y con parsimonia va rescatando las letras una a una hasta formar en el borde del plato la palabra que pugna por salir de sus labios: DIVORCIO.

POZO CON MAR

César Ibáñez París (Soria)

Al pequeño le asusta el pozo y a la vez, es inevitable, le atrae con fuerza de imán. Se asoma al brocal y se le acelera el corazón. Allá abajo, en lo oscuro, en la negrura exacta, ha de haber algo turbio y maligno, un diablo con escamas de hielo, el monstruo gelatinoso que jamás ha sentido un rayo de sol.

Un día, el pequeño le dice al mayor:

—El fondo del pozo es la entrada del infierno.

El mayor se echa a reír:

—¿Qué dices, enano? ¡Menuda tontería! Lo que hay en el fondo del pozo es el mar.

El pequeño se mosquea. No ha visto el mar, y sabe que su hermano sí.

- —¿Por qué me tomas el pelo?
- —¡Que no, hombre! Ven, te lo voy a demostrar. Se acercan al pozo.
- —Asómate y cierra los ojos.

El pequeño, aunque reticente, obedece. Varios segundos después oye cómo la piedra que ha tirado el mayor choca con el agua.

—¿Lo has oído? Ahí abajo hay un trozo de mar.

Le da vueltas al asunto hasta que decide verlo con sus propios ojos. Se escapa de su cuarto en mitad de la noche, provisto de un papel arrugado en un bolsillo y un mechero en el otro. Los usa y contempla fascinado cómo el papel encendido va bajando hasta el fondo. Al final, en el último segundo antes de consumirse la llamita tan leve, ve el agua y en ella dos hermosos ojos amarillos fijos en él. Se asusta, se aleja unos pasos. ¿Serán el mar y el infierno una misma cosa?

Entonces surge del pozo una música dulce y lenta, una melodía delicada e irresistible, la armonía eterna de lo oculto, de la veta de oro que espera en las profundidades o del manantial que brota impensado de ellas.

El pequeño, hechizado, comprende que es el mar y que lo llama.

TE ESTÁN LLAMANDO

Manuel María Jurado Quijano (El Puerto de Santa María, Cádiz)

Estás en el centro de una habitación diáfana y frente a ti hay cuatro puertas que en realidad son tu vida. Te acercas a la primera y golpeas con los nudillos.

Toc, toc.

La puerta se abre y al otro lado puedes ver a todas las personas que te hicieron llorar alguna vez. Retrocedes. Ahora te acercas a la segunda puerta y vuelves a llamar.

Toc, toc.

Te abren y te reciben todos los que te infundieron tus peores temores, los miedos que hicieron de ti una persona insegura y asustadiza. Así que vuelves a retroceder. Esta vez vas a por la tercera puerta.

Toc, toc.

Ahí dentro puedes reconocer a aquellos que te empujaron al fracaso, a todos los que se aprovecharon de tu vulnerabilidad para provocar y celebrar tus peores caídas. Decides volver sobre tus pasos y te aproximas a la última puerta.

Alzas el puño para llamar pero del otro lado te llega el sonido apagado de unos golpes.

Toc, toc.

Te quedas paralizado.

Toc, toc.

¿Qué piensas hacer?

Toc, toc.

¿De verdad no vas a abrirle?

Toc, toc...

RUINAS

Faustino Lara Ibáñez (Toledo)

«Sin beso de buenas noches otra vez», te dice Beltrán con una mueca de fastidio y una máscara de polvo y sangre coagulada impresa en su rostro menudo. «¿Seguirán enfadados por lo del gas?», te pregunta después de tres días sepultados bajo las ruinas del edificio, instantes antes de que una voz enérgica, grave, os sorprenda con un «¿hay alguien ahí?». Beltrán te mira desconcertado. La voz insiste. Sin dar tiempo a tu hermano pequeño a que conteste, tapas su boca y le recuerdas que debe guardar silencio porque vuestros padres os prohibían hablar con desconocidos. Quién sabe qué oscuras intenciones esconden las palabras de ese tipo.

EL DÍA DESPUÉS

Ricardo Lázaro Lavilla (Cuarte de Huerva, Zaragoza)

Uno al otro nos íbamos pasando el precinto sin mediar palabra. Mi hermana y yo tratábamos de clasificar todas aquellas pertenencias para salvar lo que mereciera la pena. Si algo nos parecía útil lo metíamos en una caja de cartón y si no iba directamente a la basura. Me daba la impresión de que ella también estaba más pendiente de no perder el avión que de cumplir con la tarea. Habíamos tenido que engañar a nuestra madre para que se tomara una pastilla y se tumbara a descansar. La presencia de la anciana, exhausta y desbordada por la situación, no ayudaba para nada en aquel momento.

Me sorprendí a mí mismo al verme desechando las cosas de mi padre sin el más mínimo miramiento. Apenas me paraba mientras iba introduciendo prendas, libros e incluso trofeos en sacos de plástico para tirar. Esos objetos me resultaban extraños, ajenos y yo me preguntaba si no debería encontrarme más triste. Subido en una escalera de tres peldaños me dispuse a bajar las últimas cajas de zapatos que esperaban en lo alto del armario. No llevaba intención de molestarme en revisarlas, intenté cogerlas todas a la vez y no pude evitar que una de ellas cayera al suelo es-

cupiendo su contenido. Fue entonces cuando me senté en el suelo y tapándome la cara con las manos comencé a llorar todo lo que no había llorado en el funeral. Acababa de recordar que hubo un tiempo en el que pensaba que era el tomillo del monte el que olía a las botas de mi padre y no al contrario.

ORIGEN

Nélida Leal Rodríguez (Cádiz)

Amanece despacio tras las deshilachadas cortinas y una luz imberbe, recién nacida, va regalando, como a regañadientes, los primeros contornos de la realidad en esa habitación: dos cabezas juntas sobre la almohada, sábanas arrugadas y algo sucias, una cama estrecha, mal ubicada en un cuarto cualquiera de algún olvidado motel de las afueras. Huele a juventud, a placer ya derramado y a expectativas satisfechas, y hay un desorden de ropa interior y zapatos sobre el deslucido suelo.

Todo ha sido inesperado y previsible a un mismo tiempo. La boda de otros, invitados dispersos, miradas cruzadas cada vez más a menudo sobre la algarabía nupcial y una invitación: «Te pago una copa», bromea él, llevándola a la barra libre. Ella ríe, aceptando lo que ya sabe que él, en realidad, le ha propuesto.

Y se escapan, sin despedirse de nadie, como dos furtivos que no ignoran lo efímero de su vínculo. Besos en el coche, en la calle solitaria donde consiguen aparcar, en el pasillo oscuro, algo siniestro, de un hostal cualquiera, escogido al azar por razones de urgencia. Ella centellea bajo la luz de la única bombilla, hasta que él le baja despacio

el vestido de lentejuelas... y se aman sin prisas, ajenos a todo, a las paredes sucias, al grifo que gotea en el minúsculo aseo, a la estrechez de la cama que cruje bajo el ímpetu inagotable de los instintos. Al mañana.

Sobre todo, ajenos a mí.

No han querido retrasar ni dos minutos el placer en nombre de la prudencia, no han podido siquiera imaginar que yo, su hijo, acabo de convertirme en algo más que una posibilidad. Ya estoy aquí. Ya, existo.

Y quisiera seguir.

LA NATURALEZA DE LAS COSAS

Francisco Luque (Argentina)

Estaba próximo a finalizar el trabajo que tantos años de minuciosidad y persistencia le habían consumido. La maqueta resultante simulaba a la perfección, hasta en sus más recónditos pormenores, los contornos y las formas de su ciudad. Era un modelo a escala que abarcaba la totalidad de la urbe, con todos sus edificios, con las aceras y los teatros, las fuentes y las plazoletas, incluso el ancho río, todo diseñado con rigor, hasta el más mínimo detalle.

Unos días después de haber terminado con su labor, el artista se dispuso a abrir sus puertas a las visitas, desconociendo por completo lo que sin querer había conseguido. La maqueta escondía algo más que el resultado de un simple pasatiempo. El primer visitante que asistió (y que halagó con entusiasmo la réplica) le comentó luego, pero sin demasiado énfasis, que esa misma mañana una crecida del río se había llevado por delante cientos de hogares y arrasado al mismo tiempo con la vida de decenas de familias que vivían a pocos metros de la orilla. Lo más curioso, agregó después, es que el líquido parecía enturbiado por alguna sustancia que nada tenía de semejante con la clase de aguas, siempre tan claras y lím-

pidas, que suele acarrear el río. Parecía como si aquel desmadre fluvial hubiera tenido su origen en otro misterioso lugar, y no en el cauce mismo. A continuación el visitante marcó en el interior de la maqueta el lugar específico de la rivera en donde había ocurrido el impredecible incidente. El desborde sucedió aquí, dijo. El punto señalado evocó en el artista un recuerdo de la noche anterior: mientras hacía los últimos retoques al modelo, justo sobre un tropel de residencias edificadas a orillas del río, había derramado su taza de café, que se diseminó al instante, delimitando un estigma sobre la vida de todas esas familias, como una borrosa cicatriz.

EL CORREDOR

Juan de Molina (Ubrique, Cádiz)

Mobutu mueve los pies compulsivamente, sin moverse del sitio. Trata de mantener caliente su negra musculatura. Se frota las manos sin guantes. Mira en derredor. Quién sabe si no estará pisando la tierra de sus ancestros... Suena la señal y se pone en movimiento. De a poco, se va abriendo paso entre los que le preceden. No tarda muchos metros en ponerse en cabeza. A partir de ahí, mira hacia atrás y se aleja como alma que lleva el diablo. Los adelantados lo ven partir, asombrados: «ya parará», se sonríen. Pero Mobutu abre cada vez más la distancia entre él y sus perseguidores. Sus piernas están entrenadas: siempre huyendo de algo. Mira hacia atrás y no ve a los corredores con sus dorsales, él sólo ve la alta valla de hierro, los hombres uniformados que le persiguen; ve a la pequeña Malala desahuciada por la fiebre, las fosas tan hondas rociadas de cal viva; ve los arroyos resecos y los campos calcinados... y sus pies cobran una velocidad inusitada, como si estuviesen poseídos de una ingrávida sustancia, de una dulce liviandad. Es su secreto: ver lo que los demás no ven, correr a tumba abierta... como si la vida le fuese en ello.

EL JUEGO DE PAPÁ

Ángeles Mora (Huelva)

Ya no entiendo el juego de papá.

Al principio fue divertido que me enseñara a nadar en la playa, aunque decía que era solo el entrenamiento. El juego comenzó con lo que él llamaba: «Quien se quite el chaleco, pierde». No parecía complicado pero en la barca grande había demasiada gente y con el calor estuve a punto de quitármelo y quedar eliminado. Pero lo conseguí. Papá me felicitó al llegar a la orilla y como premio me dio un caramelo medio derretido.

La siguiente parte del juego, «Quien llegue más lejos, gana», consistía en andar. Siempre con mi mochila a cuestas y no valía quejarse, aunque el suelo estuviese mojado o cubierto de piedras. Se me hizo muy largo. Y ni siquiera hubo caramelo de recompensa.

Ahora estamos en una tienda de campaña muy pequeña y afuera llueve mucho.

Tengo hambre. Ya no quiero jugar más. Tengo frío.

—Ya no me gusta este juego, papi. —Pero no en-

tiendo lo que dice, me parece que la fiebre no le deja hablar.

La cremallera de la tienda se abre y aparece la cabeza de un muchacho que sonríe bajo el gorro de su impermeable. Me guiña un ojo, toca la frente de mi padre y me da unas mantas secas.

Ha dicho algo que no entendí, pero me ha dado una barrita de cereales, así que creo que he ganado y el juego de papá por fin ha terminado.

CUITAS

Mei Morán (Friburgo, Alemania)

Si usted pudiera entenderme, yo le estaría agradecido. Ya hace mucho que en momentos así, me tiembla la mano, si bien, tengo que decir, que me esfuerzo para que no se note. Antes, qué trazas, señor, sin titubeos, ha hecho. Déjeme que le aclare. No solo se trata de un problema de precisión. Hoy en día, estos artilugios están hechos a conciencia y torpe tendría que ser uno para fallar el intento. De estas, quiero abordar otro aspecto no menos importante, más personal. Antes yo nada más pensaba en la cerveza bien fría que me iba a beber en cuantito salía de aquí; no me fijaba en los sujetos; fueran bermejos, desdentados, chaparros, narigudos o barbilampiños, me parecían todos iguales. Tras la descarga del tambor, me los subía al hombro como costales de harina y los amontonaba en el almacén. Y, ahora, mire usted. qué vergüenza. Me ablando. Un ligero parpadeo asustado o el tic inevitable de las aletas de la nariz del ajusticiado, me desmontan. Me entra esa flojera de la que le vengo hablando. Desluce mucho el resultado. ¡Qué pejiguera!, pensará usted. Pero tranquilo, ya me callo. El tiempo no para y, a las en punto, le tengo que volar a usted la tapa de los sesos.

BESOS VIRTUALES

Juan Muñoz González (Gijón Asturias)

—¿Te puedo dar un beso? —tecleó el chico en el móvil.

—Sí —contestó la chica a través del WhatsApp

El chico llenó el siguiente mensaje de emoticonos con labios entrelazados y una ristra de corazones rojos. Después, se levantaron los dos del mismo banco donde estaban sentados y avanzaron por la calle, cada uno de la mano de su móvil.

ARTE

Ana B. Navarro Morales (Sta. Cruz de Tenerife)

—Me parece una obra extraordinaria. Fíjese en el trazo firme y limpio. Refleja la evolución del artista. Y esa manera audaz de emplear el color sin excesos ni pretensiones, con equilibrio. La figura de la mujer que sin mirarnos ya impacta. Es casi escultórica. La geometría de los detalles la hacen aún más brutal y desgarradora. Los distintos elementos recreados en sus matices son una muestra de la madurez compositiva alcanzada por su obra. Es un esencial de cualquier colección.

—No sé qué decirle, mi apreciado amigo. Es innegable la calidad del lienzo, aunque creo que refleja menos intención que este otro. Observe esa figura humana que casi podríamos decir que se funde con el suelo y el mobiliario de oficina. La crudeza de su representación refleja la huida de lo trivial y superfluo alcanzando una armonía perfecta. Se evidencia una personalidad valiente y un propósito.

—Estoy de acuerdo, tal vez Señora fregando los platos mientras su marido acuesta a los niños tiene un mensaje velado que precisa de cierta recreación en el cuadro, mientras La limpiadora a media jornada del edificio de seis plantas denota una intencionalidad casi obsesiva y vibrante.

—Quizás acabe comprando los dos si no logro decidirme. Aún tengo la habitación de la niñera sin decorar.

OJO DE PEZ

Manuel Nuño Prieto (Zafra, Badajoz)

Malvin sigue mirándome a través del cristal. Apenas lleva una semana conmigo y la incomodidad ya es insoportable. No sé en qué estaría pensando tía Julia para hacerme semejante regalo por mi graduación. Que yo recuerde, nunca mostré entusiasmo alguno por cuestiones de compañía. Mucho menos por animalitos decorativos. Ahora me veo obligado a soportar la mirada fija y constante de un pez que no nada, que casi no come, que, simplemente, se mantiene estático a media altura del acuario mientras me observa incansable; y me observa todo el tiempo. Si me muevo, me sigue con sus ojos brillosos y su tonta expresión de plástico. Estoy seguro de que continúa observándome aun cuando apago la luz y me echo a dormir. Yo le doy la espalda, me cubro, me protejo con las sábanas, pero nada impide que siga notando su mirada de autómata rascando mi nuca. No lo soporto más. Ese pececillo acabará por expulsarme de mi propio cuarto.

La solución se me antoja difícil. Tía Julia se llevaría un tremendo disgusto si Malvin sufriera algún percance. Ella misma me dibujó el horario de comidas junto a unas sencillas pautas de mantenimiento. Malvin debe permanecer sano y sal-

vo, al menos mientras tía Julia siga con nosotros. Aunque siga mirando, aunque prefiera no verlo.

Surge una idea. Esta noche le cubriré con un paño, como si fuese un jilguero cantarín. Total, él no puede impedirlo, no es más que un pez, depende de su cárcel para sobrevivir.

Me lo pienso mucho antes de destapar la urna a la mañana siguiente. Espero que la oscuridad le haya hecho reflexionar y lo encuentre dormido detrás del cofre del tesoro. Tía Julia debe de estar despierta. Pronto pasará para dar los buenos días y preguntar por Malvin. No puedo esperar por más tiempo. Quito el paño. Malvin no está.

LA CRUDA REALIDAD

Ana María Oddo (Buenos Aires, Argentina)

Era una araña enorme la que entró en mi habitación sin llamar. Me amenazó con sus ojos saltones clavados en mí y blandiendo sus patas delanteras. Su tamaño era tan descomunal que supe enseguida que no tendría posibilidad de escapar ni de esconderme en ningún lugar. Empecé a reptar hacia atrás, por los barrotes de la cama, por la pared, por el techo. Pensé que si me hacía delgada como una lámina no podría tomarme y no me haría daño. Hundí los pies, las rodillas, el abdomen, el pecho, la nariz. Me transformé en una hoja de papel. Pero ella siguió creciendo hasta ocupar todos los espacios libres. Me tomó por los márgenes, me abolló sin piedad y me tiró al cesto. Después, volvió a su forma humana, se retocó el maquillaje y salió del cuarto.

EL PROTEGIDO

Trini Pestaña Yáñez (Martos, Jaén)

Cuando ardieron las cortinas de la salita, mamá reaccionó con valentía. Quiero decir que cuando papá volvió a casa del trabajo, asumió la responsabilidad del estropicio y, llorosa y compungida, prometió que nunca más encendería la estufa tan cerca de las cortinas. Yo me sentí orgulloso de ella. Papá, en cambio, la miró muy enfadado, le espetó que estaba mintiendo y que, al contrario de lo que ella creía, no me estaba haciendo ningún bien con protegerme. Antes al contrario, mi... «afición» —enfatizó— era un problema que necesitaba ayuda especializada para cortarla de raíz. A mis nueve años, no entendí muy bien lo que papá quiso decir con aquello de mi afición y pronto lo olvidé. Volví a recordarlo meses después, cuando se prendieron las faldillas de la mesa. Esa vez mamá no estuvo muy convincente en achacarse las culpas, pues papá, furioso, desoyendo sus lamentos y excusas, fue a mí a quien castigó a un año sin paga. No me levantó el castigo hasta aquel día en que volvió a casa más temprano que de costumbre y pilló a mamá acercándole la llama del mechero al edredón de mi cama.

DAMAS

Dino Poltronieri (Buenos Aires, Argentina)

Cuál es el mérito de ganar haciendo trampa, pregunta la abuela enarcando una ceja, casi pedagógica. Y la nieta, con una simplicidad y una sabiduría naturales, menos razonadas que instintivas, contesta con otra pregunta: Y a quién le importa el mérito. La vieja titubea un instante y, doblemente derrotada, en silencio, se dispone a guardar las fichas en su caja.

BIOGRAFÍA

María Posadillo Marín (Alhaurín de la Torre, Málaga)

Vendo alma libre encuadernada en piel egipcia.

Se trata de una obra inmaterial con grabados originales, indelebles al paso del tiempo.

Todos los elementos que la componen se han respetado desde su nacimiento. El interior está poblado de historias frágiles, por lo que su extrema sensibilidad requiere de manos expertas en el noble arte de la restauración.

Una pieza tentadora para quien guste del reto de transformarla. Su estado, algo deteriorado, necesita nuevas puntadas en superficie; las costuras profundas se mantienen intactas uniendo los secretos que un lector de libros imposibles sabrá interpretar. Lamentablemente no se garantiza la recuperación de las zonas perdidas de este ejemplar.

Deseo desprenderme de ella por razones sentimentales, siendo condición sine qua non una entrevista personal con el interesado en comprarla. Abstenerse diablos y coleccionistas.

RECETA ARTESANA PARA UNA ESCRITURA DE AUTOR

Antonio Presencia Crespo (Valencia)

Vierte despacio los ingredientes en el papel. Puedes utilizar tecnología, pero el resultado será menos artesanal. Mezcla recuerdos y fantasía, con mesura. No dejes hervir la imaginación, de lo contrario se pegarán las metáforas en el recipiente. Cuando veas que las evocaciones están tiernas puedes añadir un poco de trama, pero no demasiada o apagarás el sabor de la idea. En ese momento, notarás que la historia va ganando volumen y color. A partir de ahí sólo tu olfato y tu talento te dirán cuándo el texto está a punto. Una vez terminado, léelo despacio. Saboréalo. Cuando el desenlace llegue al paladar, degusta los sabores del conjunto de la historia. Una vez consumida y paladeada en su totalidad estarás en condiciones de redactar. Es el momento de volver a empezar.

LEJOS DEL DESPERTAR

Álvaro Quintana Hazas (Noja, Cantabria)

Una noche soné que me echaba a la cama y, cuando iba a dormirme, me desperté del pánico. ¿Qué pasaría si llegara a dormirme dentro del sueño? ¿Penetraría en un recinto más profundo y perdido de mi mente del que harían falta varios despertares para salir? ¿Cuáles serían los sueños de mi yo onírico? ¿Se despertaría empalmado? Peor aún, ¿y si yo mismo soy el sueño de otro yo dormido? ¿O de otra persona?

Un grito partió el silencio en dos como si fuese una hoja de papel, espantando todas esas reflexiones ociosas. Valeria tenía hambre de nuevo y me levanté a prepararle el biberón. Mi cuerpo se movía con la pesadez de una caravana de cansancio.

—Ya voy yo.

MIND THE GAP

César Romero (Sevilla)

Mientras la mujer apura la cena, su marido le va contando la noticia. Sobre una viuda. De Londres. Estas cosas sólo pueden pasar allí. Había hablado con el gerente del metro. Sobre su marido. Su marido recientemente fallecido. Lo añoraba aún más desde la supresión de su voz. Su voz grabada había avisado durante años a los viajeros de que tuvieran cuidado con el escalón al subir y al bajar. En cada parada. En todas. Mind the gap, decía. Pero ya no. La habían quitado. Su voz, eliminada. O sustituida por otra, no se había enterado bien. Ha hablado con el gerente. Y ahora su voz ha vuelto. La han repuesto y vuelve a avisar a los viajeros. Pero únicamente en la línea que la viuda toma a diario. Que quizá tome sin destino, sólo para seguir escuchándolo, para seguir oyendo esas tres sílabas que tal vez la transporten a un tiempo pasado, aún no para ella. «¿No es maravillosa la noticia?», comenta el marido junto al plato ya tibio de la cena. Su esposa lo mira, baja la cabeza y se fija en el vaso vacío y la vuelve para seguir viendo las noticias, aunque sea las repetitivas fotos de espectadores que anteceden a la información meteorológica. No dice nada. Se calla. Está deseando que él también lo haga, que se calle de una maldita vez, que su voz se apague al menos por esta noche.

EL CORAZÓN DE DON EDMUNDO AZORÍN. Madrid, 1798

Juan Manuel Sainz Peña (Jerez de la Frontera, Cádiz)

Nadie lo había visto antes por el Monte de Piedad, pero parecía un buen hombre. Con su gabán oscuro y el sombrero que se quitó apenas atravesó el umbral. Era, por demás, bien parecido y de maneras exquisitas, aunque traía pintado en los ojos el color gris de la derrota o el fracaso y había en su piel un color desvaído, espectral. La mujer que lo atendió sintió que la temperatura había descendido en el despacho, aunque sonrió cuando, tras presentarse el recién llegado como Edmundo Azorín, mostró una sencilla caja de madera y dijo:

- —Va en ella mi vida entera. No quiero, señora, que la subasten. Solo que la guarde bien. Ustedes son un Monte de Piedad, y es precisamente eso, piedad, lo que necesito.
- —Señor. Me es obligatorio saber su contenido. Espero que lo entien...
- —Va mi corazón cansado —interrumpió el otro cortésmente. Latió por aquello que amé. Guárdenlo, se lo ruego, porque es vano el intento de seguir viviendo con un corazón que se detuvo en

el momento en que ella marchó sin una despedida, sin una carta, sin un beso.

El hombre no dijo más nada. Dio un voluminoso sobre a quien le atendió y dijo:

—Ustedes sabrán usar bien ese dinero para sus obras de caridad. Hagan a cambio lo que les pido. Empeño mi corazón, ahora que ya vivo sin vivir. No volveré a por él pues ya no me pertenece.

Después de dicho eso, se dio la vuelta y se marchó.

Un hombre se compadeció de él:

«Pobre chalado», masculló.

Pero la empleada no pudo contestar. Al abrir la caja vio un cristal, y tras él un corazón entre pequeñas flores blancas y una leyenda que decía: Edmundo Azorín. 1750-1798.

DESPEDIDA

Mercedes Villegas López (Barcelona)

—Tienes que llegar antes de que cante el gallo. El tren no espera a los perezosos.

—Claro, padre. Descuide.

Puse el despertador con tiempo, aunque ni siquiera llegó a sonar. Me levanté cuando la noche era todavía cerrada; no había podido dormir, excitado ante el futuro inmediato, ante lo que iba a ser mi primer viaje. Preferí no despedirme; inicié el camino y fui dejando atrás todas las luces que habían iluminado hasta entonces mi vida.

Cuando llegué a la estación mi padre estaba sentado en un banco, fumando uno de aquellos cigarrillos sin filtro que le teñían los dedos y le enturbiaban el aliento. No le había oído salir de casa, probablemente tampoco él habría podido pegar ojo. Me acerqué sin saber qué decir, con un nudo en la garganta que se iba haciendo más y más estrecho a medida que oía a lo lejos el canto de los gallos del pueblo anunciando el amanecer y con él, la llegada del tren.

—Escribe en cuanto llegues —me dijo, sin querer encontrar mis ojos.

-¡Claro! -respondí.

El silencio se hizo sólido. Azorados los dos, fijábamos la mirada en el suelo, sin saber qué debíamos hacer, sin conocer el siguiente movimiento en la coreografía de aquella despedida. El tren abrió las puertas y el jefe de estación nos miraba sin hablar, preparado para dar la salida.

Levanté los ojos del suelo, me armé de valor y busqué la mirada de mi padre. Se había puesto de pie.

—¡Buen viaje, hijo mío! —dijo mientras me presionaba ligeramente el hombro con una mano.

Me atrevería a jurar que lo que limpió disimuladamente con el dorso de la otra mano era una lágrima. Subí al tren, busqué mi asiento y me asomé a la ventanilla, anhelando un último gesto. Mi padre ya no estaba allí.

Bases VI Concurso de microrrelatos "Manuel J. Peláez"

- Podrá participar cualquier persona, presentando un máximo de dos microrrelatos, originales e inéditos.
- 2.- El texto será de tema libre, escrito en castellano y con una extensión mínima de 9 palabras y una extensión máxima de 317 palabras, incluyendo las del título.
- 3.- Todos los participantes enviarán UN solo correo electrónico, con dos archivos: uno con el/los texto/s y otro con la plica (nombre y apellidos, dirección postal completa y teléfono) a premiocolectivomjpelaez@ colectivomanueljpelaez.org. Los textos se presentarán en archivos WORD exclusivamente, con el título en negrita encabezando el texto. En la casilla «Asunto» deberá aparecer el título de los textos presentados. La recepción de textos comienza el 1 de enero y termina el día 28 de febrero de 2018.
- 4.- Habrá un único premio en metálico de 1.200 euros para el microrrelato ganador. Además del premio en metálico, el texto ganador será publicado, junto a los considerados finalistas, en una antología de edición no venal.
- 5.- El jurado estará compuesto por seis miembros. Su presidenta será María del Carmen Rodríguez del Río. El fallo, que se hará público el 16 de mayo de 2018 en la web y las redes sociales del CMJP y redes sociales, será inapelable.

- 6.- El premio será entregado el 17 de junio de 2018, en acto público que se celebrará en Zafra (Badajoz). La persona ganadora deberá asistir personalmente para hacerse acreedora al premio.
- 7.- La participación supone la aceptación de TODAS las bases.

ÍNDICE

Presentación	7
Microrrelato ganador	
Alberto Rodríguez Guerrero	13
Primeros finalistas	
Tomás Duro Hernández	19
Manuel García González	21
Ana Cristina Lluch Romero	23
Bernardo Romero	25
Francisco Rubio	27
Koldo Sagaseta	29
Mercedes Villegas López	31
RESTANTES FINALISTAS	
Dayana Abreu Yanes	35
Francisco Javier Álvarez Amo	36
Yose Álvarez-Mesa	37
María José Amador Montaño	39
Samuel del Amor Macías	40
Mikel Arilla Álvarez	41
Guillermo Arturo Borao Navarro	42
Carlos Candel Rodríguez	43
Alberto Cascón Martín	44
Santiago Casero González	45
José Ignacio Ceberio Sainz de Rozas	47
Raúl Clavero Blázquez	49
Francisco Corrales Fernández	51
Peniel Delgado Anderson	52
Gustavo Abel Di Crocce	53

Miguel Ángel Escudero Eble	54
Juan Marcelo Esteban Jiménez	55
Macarena Fernández Gálvez	56
Percy Galindo Rojas	57
José Francisco Galve Agudo	58
Asun Gárate Iguarán	59
Silvana Goldemberg	61
Carmen Gómez Mirumbrales	62
César Ibáñez París	63
Manuel María Jurado Quijano	65
Faustino Lara Ibáñez	67
Ricardo Lázaro Lavilla	68
Nélida Leal Rodríguez	70
Francisco Luque	72
Juan de Molina	74
Ángeles Mora	75
Mei Morán	77
Juan Muñoz González	78
Ana B. Navarro Morales	79
Manuel Nuño Prieto	81
Ana María Oddo	83
Trini Pestaña Yáñez	84
Dino Poltronieri	85
María Posadillo Marín	86
Antonio Presencia Crespo	87
Álvaro Quintana Hazas	88
César Romero	89
Juan Manuel Sainz Peña	90
Mercedes Villegas López	92

97

Bases del Premio

Este librito recoge el texto ganador y los cincuenta y un finalistas del VI Premio de microrrelatos «Manuel J. Peláez», organizado por el Colectivo Manuel J. Peláez, una asociación constituida en Zafra en el año 2010 con el fin de contribuir a la participación ciudadana y al desarrollo cultural. Se honra en llevar el nombre de Manuel Peláez García, zafrense de 1952, profesor e historiador, hombre de la cultura que hizo de la tolerancia y de la alegría su razón de vida, y de cuya muerte se cumple este año el décimo aniversario.

El premio de microrrelatos se convoca desde el año 2013. En las seis ediciones celebradas los ganadores han sido:

2013: «Última duda» de Isabel Urueña (Madrid)

2014: «Reconocimiento» de Ángel Pontones (Valencia)

2015: «El timo» de Diego Rinoski (Madrid)

2016: «Indigestión» de Eva Limendoux Torres (Madrid)

2017: «Rugido» de Francisco Germán Vayón Ramírez (Sevilla)

2018: «Agujeros negros» de Alberto Rodríguez Guerrero (Santoña, Cantabria)

Cada año se reciben alrededor de dos mil textos, enviados desde todas las regiones de España y de muchos países del mundo. La experiencia de este premio, masiva y de calidad, se completa con una singularidad: el apoyo de una empresa privada de Zafra, SOLVENTIA, que anualmente lo patrocina junto al Colectivo.



